

A pesar de su Alzheimer, mi madre es lo mejor de mi vida

De lo último que estuvo enterada fue que un día de noviembre había perdido la memoria.

El pasado y el futuro dejaron de existir y comenzó a vivir una supervivencia extraña, distante y sorprendente.

Mi madre está hoy encerrada en una o dos palabras que la detienen, le cierran el mundo, clausuran su viaje dentro de casa.

- Palabras cerrojo.
- Palabras sótano.
- Palabras oscuridad.

Nos ocasionó gran desconcierto cuando desconoció a mis hijos (sus propios nietos).

—Él es Max, mamá. Tiene seis añitos y ella es Ignacia y tiene diez. Traen los chocolates que a usted tanto le fascinan.

Recibió la caja de colores brillantes y no supo cómo abrirla. Los niños la observaban, asombrados.

Se sentaba, durante horas, frente al balcón que da hacia los parronales. Su mirada parecía buscar algo que le recordara que algún día fue feliz. Nosotros anhelábamos una sonrisa o una mueca; mas, fue un misterio insondable. ¿Qué imágenes intentaba recuperar?: ¿Los patios del colegio de su infancia? ¿De la mano del abuelo, caminando por una playa de arenas y rocas?

Cuando le llevé su desayuno me regañó:

—¿Por qué una persona desconocida entra a mi cuarto?

Me ordenó que fuese a buscar a su hija y, a quiénes creía, la habían arrojado a ese horroroso asilo de desmemoriados.

La miré a los ojos. No sólo la tristeza y la soledad la habitaban sino también el pánico de olvidar para qué servían los objetos sobre la bandeja del té.

—Mamá, ¿está usted bien?

—¿Y tú quién eres? —Me dijo enfadada y empuñando su mano tal como lo hacía cuando, enrabiada, expulsaba al gato del canasto de sus tejidos.

No supe qué decir.

—¡Llévale esta carta a mi hija! —Me ordenó, entregándome un sobre vacío.

¡Cómo hubiese querido una palabra suya escrita en esa hoja en blanco!

Seudónimo: señora Etelvina Edwards